

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

EVOCACIÓN DE JORGE SANTANA

HACE unos meses ha muerto Alfonso Gamo. Fue poeta y tradujo a poetas. Dos quehaceres difíciles de cumplir. Él los llevó a cabo con dignidad. Un libro suyo, «Un español en el mundo: Santayana» (1961), tiene muchos motivos de interés, aunque el título no digamos que es un acierto. El revisar lecturas, me ha traído por razones ajenas a mi quehacer hasta la figura de Jorge Santayana. Estaba con unas páginas de Américo Castro y había leído el vivir problemático del español, pues nuestra historia es un vivir sin conciencia «en tanto permanezcamos ciegos y mudos respecto a nosotros mismos, simulando haber sido lo que no fuimos, inmersos en falsedades por puro e ingenuo miedo a aceptar la verdad». No se trata de victorias o derrotas; se trata de un saberse y de un sentirse. Cada vez que nos enfrentamos con nuestro ser histórico descubrimos nuestros errores, tantas veces repetidos. Aquel español escindido que fue Jorge Santayana escribió amargamente: «No se trataba de que yo fuera demasiado extranjero, sino también de que España no era bastante española. Mi suerte quiso que yo viniera al mundo en la época peor y más indigna de la historia de España (1863), en la que este país fue menos él mismo.»

El filósofo ha dado en una diana que acaso no buscaba: las cortes de que habla Américo Castro y la España que no es del filósofo nos vienen a ilustrar el por qué del desastre. La historia política resulta lamentable por la falta de conciencia nacional, por la que Gracián se lamentaba con palabras que podrían ser del 98; lamentable por no saber ser lo que el tiempo exigía, y, en cambio, charanga, palabrería, desdenes hijos de la ignorancia. Algo que no era otra cosa que falta de consciente patriotismo. Lejos de España, Jorge Santayana es-

cribe un espléndido poema noventayochista: «Spain in America. Written after the Destruction of the Spanish Fleet in the Battle of Santiago, in 1898». En la edición crítica de «The Complete Poems of George Santayana», William G. Holzberger (1974) señala que el poema es de 1901 e iba a iniciar un nuevo libro de versos, pero su editor estimó que no era oportuno. El libro fue «A Hermit of Carmel and other Poems». Sin embargo, Santayana volvió sobre el tema en «Persons and Places». William Janes fue también hostil a la intervención de Estados Unidos, pero... Las dos primeras estrofas del poema «censurado» resultan conmovedoras desde esta lejanía de casi un siglo. José María Alonso Gamo, traductor de casi toda la poesía del filósofo, escribió un capítulo sobre «Santayana y

el noventa y ocho», que es una interpretación de lo que aquel hombre sentía y sintió. Su interpretación de «Ávila», la ciudad bien querida, es un ejemplo típico del quehacer de los hombres de la asenderada generación. Cito los primeros versos según los tradujo Alonso Gamo: «De nuevo mis pies pisan la elevada meseta/purpúrea y olorosa del campo de Castilla,/región desoladoramente alta y noble,/re seca bajo un cielo de implacable crudeza./Amplio desierto donde la diadema de torres/sobre el Adaja ciñe una ciudad silente,/y encierra, sin cuidarse de las burlas del tiempo,/veinte templos en una corona de granito».

No fue casual ni momentánea la pasión española de Santayana: tradujo epigramas españoles, imitó el soliloquio de Segismundo, vertió al inglés a fray Luis, a Lope de Vega, a Jorge Guillén, interpretó a Cervantes y el «Quijote» y esto y su tratado «Mythology» nos

llevarían a Unamuno (con cuyo «Sentimiento trágico de la vida» tiene alguna relación). Sin embargo, nunca habló con don Miguel: lo vio pasar una vez en Salamanca, y no se atrevió a acercársele.

Aquel hombre que al llegar a Estados Unidos no sabía inglés y recibía la mofa de sus condiscípulos, pronto fue seleccionado entre los poetas más importantes de su nación adoptiva, pero nunca renunció a su condición de español. Puntualmente renovaba su pasaporte y, retirado en Roma, volvía a los trámites administrativos en nuestra Embajada. Un día, al salir de ella, cayó y empezaron las dolencias que acabaron con la muerte. Entonces sustituyó el «Georges» famoso con el «Jorge» entrañable y familiar. «El último puritano» se confesaba y nosotros lo sentimos cordialmente nuestro en una de las más amargas encrucijadas de la historia de España.

A GREGORIO ORDÓÑEZ

«**M**UCHAS gracias, presidente, muchas gracias por venir», me habías repetido una docena de veces. Habías querido que tu proclamación como candidato a la Alcaldía de San Sebastián coincidiera con la fiesta de vuestro patrono, cuando celebráis vuestra «tamborrada». Allí estábamos. Llenos de ilusión; tras muchos años de esfuerzos y sacrificios, el Partido Popular había ganado las elecciones europeas en San Sebastián; luego ganamos las autonómicas el pasado mes de octubre; ahora queríamos ganar las municipales y verte de alcalde. Era tu mayor deseo y el mío también.

Si te acuerdas, por la mañana estuvimos en «Adegi», la sede de los empresarios guipuzcoanos, con los representantes de la siderurgia, y almorzamos con ellos en Rekondo. Era nuestro compromiso con la industria vasca y española. En el trayecto me hablaste de tus proyectos; no había calle por la que pasáramos que no fuera objeto de tu atención. «¿Es que no vas a parar nunca, Goyo?», te decíamos Jaime Mayor y yo entre risas y bromas.

No querías parar; no queríamos parar. Poco después fue el acto de proclamación de tu candidatura. Un acto sencillo, como a ti te gustaba. Te sentías donostiarra por los cuatro costados. Sentías y expresabas un inmenso amor por tu ciudad y trasladabas ese sentimiento a todos tus actos. Herri Batasuna había publicado un comunicado considerando mi visita como una provocación; amenazando una vez más. No te guardaste nada dentro cuando hablaste de ello.

Y luego, la «tamborrada». «Que me quedo, hombre, que me quedo», porque no te lo acababas de creer. Cenamos juntos; cantamos juntos; tocamos los tambores juntos; recordamos y hablamos mucho. Todo esto fue el jueves pasado. Un día de los muchos que pasamos juntos en San Sebastián o cualquier otra ciudad guipuzcoana.

Eras todo lucha; pero eras siempre una llamada viva de simpatía, de esperanza y de coraje. Lo que tenías te lo habías ganado con tu trabajo y con tu valor. Estas líneas son sencillas, como tú; también como el que las escribe; también como debe ser el cielo que bien te has ganado.

Jaime te envía un abrazo emocionado y todos tus amigos también. Quisiste ser donostiarra y lo fuiste. Vasco, y lo fuiste. Español, y lo fuiste. Seguro que lo seguirás siendo.

Yo también te envió un abrazo y quiero que sepas que al redactar estas líneas, a mi pluma no la ha guiado ni la ira ni el rencor, sino la firmeza y la responsabilidad y, sobre todo, como a ti, nuestro amor al País Vasco y a España. Seguiremos, Gregorio, seguiremos y triunfaremos.

Un abrazo de tu amigo,

José María AZNAR

Manuel ALVAR
de la Real Academia Española